

Álvaro Zamora

## De Don Roberto, asuntos imaginarios

---

*Yo, que tantos hombres he sido,  
no he sido nunca aquel  
en cuyo abrazo desfallecía Matilde Urbach.*

Borges, "Le regret d'Heraclite"

*...nacé por querer del cielo  
en esta nuestra edad de hierro  
para resucitar en ella la de oro o la dorada,  
como suele llamársele...*

Cervantes, *El ingenioso hidalgo  
don Quijote de la Mancha*

Roberto Murillo se ha convertido en parte de nuestro imaginario colectivo. Su herencia trasciende la memoria de quienes lo conocimos. Se ha mitificado, incluso, de muchas formas y desborda su obra escrita, elegante y depurada, pero escasa en comparación con la actitud filosófica –ética, si se prefiere– que supo transmitir.

Hoy lo recordamos como maestro, como universitario, como figura pública. En verdad, pareciera imprudente dedicarle un simposio sin mencionar su vocación docente, la fisga que lo caracterizaba, el humor y un legado oral que poco a poco decae en el olvido, como los mapas de un cuento borgeano ("Del rigor en la ciencia", 1999, II), arruinados, tratados con impiedad, despojados –seguramente– de sentido.

Hay algo efímero en la palabra hablada pero, como bien comprendiera Don Roberto, su vuelo propicia la seducción, tanto como la sabiduría: la palabra oral tiene "algo de alado, de liviano; alado y sagrado, como dijo Platón. Todos los

maestros de la humanidad han sido, curiosamente, maestros orales" (Borges, 1999, IV, 165).

Roberto Murillo resulta incomprendible sin esa dimensión. Leve mito, que se vincula con su culto por la amistad, con las fórmulas para el diálogo que con tino supo cultivar, con su goce del chiste, de la ironía, de las fiestas, de la lectura y de una buena audiencia. Lo que dejó escrito se antoja diferente.

La escritura filosófica de Don Roberto parece opaca al humor, a la fisga de sus lecciones y, en general, de su palabra oral. Probablemente no coincidía con Borges en la idea de que "la palabra escrita es algo duradero y muerto" (*ibid*), pero sí debe haberle parecido duradera y decisiva.

Las aguas del río acarician, fluyen, sirven a la vieja idea filosófica del devenir. Podríamos análogar la oralidad robertiana con esas aguas o, si se prefiere, con la noción sartreana de existencia. Por el contrario, pareciera que Murillo concebía lo escrito como algo esencial y duradero, que define al autor, como el pasado define a los personajes de *A puerta cerrada* de Sartre). Veo allí el fundamento de su opción escritural: cultivaba –sobre todo– el ensayo; se negaba la ficción y la poesía, géneros que tanto leía y disfrutaba, que tanto le sugerían y solía citar en sus ensayos.

Sobre este aspecto de su legado, aventuro aquí una hipótesis: su interés fundamental no estaba orientado, en primer lugar, por la epistemología, por la educación ni por la ética –presentes en todas las veredas de su trayecto filosófico– sino por la creación artística. No por casualidad advierte –a propósito de la obra de Antonio Machado– que "la filosofía se presenta [...] como una propedéutica para la poesía" (1981b, 230) y agrega (citando a Machado): "La poesía, en cambio [...] es el reverso de la filosofía".

Don Roberto parece haber considerado que los predios de la creación artística estaban vedados para él, como Matilde Urbach en el primer epígrafe de este recordatorio. Fascinado por ellos, sin embargo, decidió visitarlos, entenderlos, describirlos. La depuración del arsenal epistemológico y de las preocupaciones ontológicas (metafísicas, incluso) tiene, en mi criterio, ese propósito. No se trataba de su única preocupación; como se sabe, también transitaba por otros caminos; mas a ninguno dedicó tantos esfuerzos.

En el libro sobre Machado, por ejemplo, propone una lectura de filósofo, es decir, un re-conocimiento: en la ficción literaria percibe reflejos de su propio interés: rostros —o, si se prefiere: temas fundamentales— del pensamiento occidental. Excusa suficiente, para leer con *lentes de su conveniencia*.

Don Roberto entró en la obra de Machado como se entra en un bosque: escogió las veredas, orientó la marcha a su gusto, con sus instrumentos. Su lectura es, por tanto, una re-creación. Hay rasgos de ficción en el enfoque, a veces un atrevimiento o un manejo aventurado de las ideas ajenas<sup>1</sup>. No se trata, por cierto, de un esfuerzo semejante al de Sartre en *El idiota de la familia*, donde ficción y teoría se toman de la mano, se complementan y, al hacerlo, ofrecen sus claves al lector y le advierten que toda totalización teórica requiere de un esfuerzo imaginario. La pretensión de Don Roberto es menos ambiciosa: describir su propio itinerario. Una lectura acuciosa revela su interés más profundo, aunque menos teorizado, quizá inconsciente: encontrar la piedra filosofal de la creación literaria, más precisamente, de la creación poética. Algo semejante (aunque menos ambicioso y erudito) había procurado hacer con el lenguaje, en su tesis *Comunicación y lenguaje en la filosofía de Bergson*.

En *La forma y la diferencia*, su libro más importante, vuelve a revelar el propósito indicado. El título induce a error, pues no se trata de una obra gestada en los bosques de la metafísica; su propósito tampoco es rehistorizar ciertas ideas o ejes del pensamiento occidental. La obra se ofrece como un esfuerzo epistemológico pues, según informa su autor, surge de una “investigación sobre la imaginación como poder de síntesis desde un punto de vista kantiano, y

de algunos seminarios sobre temas conexos” (Murillo, 1987, 9).

Ensayo elegante, riguroso, poblado de imágenes literarias y de erudición, *La forma y la diferencia* tiende puentes entre autores y concepciones distintas<sup>2</sup>. Cuidadoso, atractivo y preciso parece su examen de las consideraciones sobre la imaginación. Sorprende, sin embargo, que atienda principalmente a la *Crítica de la razón pura*, pero que no haga estación en la *Crítica del juicio*, pues los derroteros del libro se orientan tanto o más hacia terrenos de la estética que al de la ciencia o al de la epistemología<sup>3</sup>, ya se piense en términos de la relación entre forma y materia, como si se consideran los problemas de la síntesis imaginaria y sus implicaciones en lo propiamente epistemológico, en la reflexión sobre la belleza o en una eventual fundamentación de la filosofía del arte. El párrafo final del libro es revelador en tal sentido:

toda ontología poética o poesía ontológica adopta una forma que presenta, en un primer plano, el Sí y en un segundo plano, el No, o viceversa. Si las metáforas de la ciencia esbozan tanto más la nada en cuanto más desimaginan el ente, las poético-ontológicas, por el contrario, la presentan en el nivel de la evidencia o en el de la sospecha. Si para la ciencia [...] Dios es una hipótesis innecesaria, para nosotros, filósofos, es lo englobante que nos permite figurar, ya el ser en el horizonte de la nada, ya la nada en el horizonte del ser (Murillo, 1987, 302).

Pareciera que, en *La forma y la diferencia*, el esfuerzo para dar cuenta de lo imaginario-creativo se halla limitado al menos en dos sentidos: por una parte, la síntesis imaginaria rehuye el análisis y el formalismo (como han de reconocer los acólitos del mismo Kant); por otra: la indagación de Don Roberto se tamiza de metafísica y parece limitada por su enfoque y sus métodos. Amparado en los clásicos, prefiere obviar a muchos autores, fuentes y enfoques que pueden confrontarse, no sin fecundidad, con Kant y con los griegos (Husserl y Sartre, por ejemplo, los postestructuralistas, la hermenéutica, para no citar perspectivas de orientación marxista). Por eso, quizá, muchos pasajes que reclaman rigurosidad analítica han sido resueltos con el arte de la analogía o de la metáfora. Sucede aquí lo que el autor advierte en el círculo kantiano:

no se cierra [...]. El movimiento del pensar kantiano se orienta indefinidamente hacia ese *locus imaginarius*, hacia ese punto de infinito donde los opuestos se unen, sin nunca reposar en él." (Murillo, 1987, 88)

Es notable la ausencia de perspectiva ética y política pues, aunque se acepte, con Sartre, que "es estúpido confundir la moral con la estética", parece evidente que la reflexión en torno a la imaginación y lo imaginario<sup>4</sup> favorece el trabajo en ética<sup>5</sup>.

Dicha ausencia es evidente en el ensayo sobre Machado, pese a que Murillo dejó hilvanados allí, con fórmulas metafísicas, algunos indicios del humanismo que orientaba su relación con los estudiantes, sus luchas en la universidad y sus críticas ciudadanas.

En aspectos como este, su obra ilustra adecuadamente esa ruptura entre el discurso y lo escrito, a la que Gadamer hace referencia en "La fuerza expresiva del lenguaje". Con dicho autor, podría decirse que el lenguaje robertiano refleja una tensión profunda entre el arte de escribir y el de hablar; sobre todo a propósito de asuntos éticos, donde su legado oral fue más prolijo y menos abstracto que en sus libros. Tamizado, sin embargo, por ese imaginario que se trasunta en el parlamento de Don Quijote y que aparece como epígrafe de estas disquisiciones.

## Notas

1. Un ejemplo: la interpretación "refleja" del *cogito-para-otro* que, según afirma, se encuentra "acogida plenamente por Sartre" (Murillo, 1981b, 62) es, en realidad, contradictoria con el propósito sartreano de *El ser y la nada* (cfr. Sartre, 1966, 291-385).
2. Los puentes o relaciones que Murillo plantea o establece entre Kant y Platón merecen análisis particular.
3. Parece atrapado en la vía kantiana, donde la *pasividad* envenena desde el origen la posibilidad de comprender, de forma verdaderamente sintética, la imaginación y sus correlatos.
4. Kant, Platón y el mismo Sartre constituyen buenos ejemplos.
5. El mismo Kant lo ha mostrado, por ejemplo, cuando advierte talento e ingenio en el derrochador y tontería o vulgaridad en quien ahorra (1988, 226-227). El filósofo de Königsberg también indicó que, en el límite de la razón, "los hombres se piensan como libres" y agrega que de ello "proceden todos los juicios sobre las acciones tal y como hubiesen *debido ocurrir*, aunque no *hayan ocurrido*" (Kant, 1996, 241).

## Bibliografía

- Borges, J. L. (1999) *Obras completas* (4 tomos). Barcelona: Emecé Editores.
- De Cervantes Saavedra, M. (1959) *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (2 tomos). México: UTHEA.
- Gadamer, H.-G. (1996) *Elogio de la teoría (Discursos y artículos)* (Tr. A. Poca). Barcelona: Península.
- Kant, I. (1977) *Crítica del juicio* (Tr. M. García Morente, 7ª ed.). Madrid: Espasa Calpe.
- \_\_\_\_\_. (1984) *Crítica de la razón pura* (Tr. P. Ribas, 3ª ed.) Madrid: Alfaguara.
- \_\_\_\_\_. (1996) *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (edición bilingüe, tr. J. Mardomingo). Barcelona: Ariel.
- \_\_\_\_\_. (1988) *Lecciones de ética* (Intr. y notas de R. Rodríguez, tr. R. Rodríguez y C. Roldán). Barcelona: Crítica.
- Murillo, R. (1987) *La forma y la diferencia*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- \_\_\_\_\_. (1981a) *Tres temas de filosofía*. San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia.
- \_\_\_\_\_. (1981b) *Antonio Machado (Ensayo sobre su pensamiento filosófico)*. San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia.
- \_\_\_\_\_. (1965) *Comunicación y lenguaje en la filosofía de Bergson*. San José: Publicaciones de la Universidad de Costa Rica.
- Sartre, J.-P. (1966) *El ser y la nada (ensayo de ontología fenomenológica)* (Tr. J. Valmar). Buenos Aires: Losada.
- \_\_\_\_\_. (1976) *Lo imaginario* (Tr. M. Lamana, 3ª ed.). Buenos Aires: Losada.